

Carta de Argentina

Cien días de (des)gracia

Jorge Andrade

El plazo consagrado por la tradición resultó superfluo en el caso del presidente De la Rúa porque aun antes de asumir había anunciado por boca de su ministro de economía, que la política de ajuste impuesta por el Fondo Monetario Internacional (FMI) se seguiría aplicando con el mismo rigor de los últimos años. Esto quiere decir que el pueblo no tiene más que seguir esperando miseria, desnutrición, enfermedad, analfabetismo, violencia, delincuencia, desestructuración social.

El nuevo gobierno mantiene con firmeza el rumbo desafortunado que la Argentina sigue desde hace no menos de setenta años y en particular en los últimos veinticinco, y que la ha llevado al borde del abismo ante el cual hoy se encuentra. Rumbo no casual, ya que es la consecuencia lógica de los compromisos, miedos, torpezas, miopías y complicidades de quienes, civiles o militares, han conducido el país durante ese largo período. A la sombra de los gobernantes, en un segundo plano más o menos discreto, quien en realidad ha implementado las políticas ha sido el partido ubicuo del poder real, muchos de cuyos personeros se han movido con soltura bajo todos los regímenes y algunos de los cuales están ubicados en puestos decisivos de la actual administración.

Para ilustrar cuáles son los compromisos que han engendrado a este gigante congelado en la niñez y contrahecho que es la Argentina, un país donde parece no haber terminado de cuajar una nacionalidad, me auxiliaré de la argumentación y datos contenidos en el clarificador trabajo de Eduardo M. Basualdo, titulado *Acerca de la naturaleza de la deuda externa y la definición de una estrategia política*.

La idea-fuerza del trabajo citado consiste en la afirmación de que el costo de la deuda externa argentina, con ser muy grande, no constituye un lastre mayor que la salida de capitales para el desarrollo del país. La tesis es original, vistos los lugares comunes que se han popularizado en esa materia, y creo que queda suficientemente demostrada por su autor. Pero el libro interesa particularmente por la información que aporta sobre la realidad argentina de las últimas dos décadas y media, que ayuda a comprender las causas del estado de postración que padece el país.

Pasados dos años del golpe de Estado militar de 1976 la deuda externa argentina era de 12 mil millones de dólares. Seis años después, poco antes de que los militares dejaran el poder, llegó a 43 mil millones. En 1998, a un año de que el presidente Menem concluyera su largo mandato de diez, había trepado a los 140 mil millones y a la fecha nada indica que su crecimiento pueda detenerse. Este incremento alocado se explica, lo explica Basualdo, por el cambio del carácter del endeudamiento que, a partir de la dictadura militar, dejó de estar vinculado con el ciclo productivo para dar paso a lo que se denomina la «valorización financiera». Proceso que se inicia a consecuencia de las medidas monetaristas implementadas por la conducción económica de la dictadura, que a la vez que abría el mercado de bienes y capitales fijaba una paridad cambiaria decreciente en el tiempo, medidas que pretendían igualar la tasa de interés interna con la internacional. El carácter periférico de Argentina con su «riesgo país» y la presión del Estado como tomador de fondos impidió esa igualación, dando lugar a que el capital concentrado se desentendiera del mercado interno y vinculara su reproducción a los diferenciales de las tasas de interés, así como a que se rompiera la antinomia capital nacional-capital extranjero que a partir de entonces dejan de competir por el mercado «real» y constituyen una alianza de hecho en defensa de sus privilegios financieros.

La transformación se consolidó en la década siguiente, con el propio gobierno militar y, después, con el primer gobierno de la democracia. La acumulación del capital concentrado, independizada del mercado interno y de las fronteras nacionales, y asentada en la colocación financiera, dio lugar a una persistente salida de capitales, la que entre 1981 y 1989 alcanzó a los 30 mil millones de dólares, superando a las transferencias netas a los acreedores externos que «sólo» fueron de 27 mil millones.

¿De dónde salió el dinero que permitió alimentar esas sangrías? Del bolsillo de los más débiles, de las clases medias y bajas, de los asalariados, de los pequeños empresarios y profesionales. En el período a que nos referimos (1981-1989) los asalariados perdieron, en comparación con el promedio del quinquenio 1970/75, 79 mil millones de dólares, los que representaron una caída del 12,6% anual en su participación en el Producto Bruto Interno (PBI).

Sin embargo, la redistribución regresiva primaria (salarios) del valor agregado no fue la única producida en aquellos años. De acuerdo a un informe del Banco Central (equivalente del Banco de España) en el mismo período el Estado transfirió al capital concentrado ingresos por 67,5 mil millones de dólares, equivalentes a un 9,7% promedio del PBI anual, en concepto de subsidios al sector financiero por quiebras y licuación de la